

Dr. R. Serrano Vicens

42 HISTORIAS DE SEXO

ANNA SENENT

Tras "La sexualidad femenina", R. Serrano Vicens vuelve sobre el comportamiento femenino en su "Informe sexual de la mujer española". A través de 42 historias, seleccionadas entre 1.417, se analiza la conducta de la mujer española desde la perspectiva sexual, mostrando la discordancia que existe entre la sexualidad real y la que se da por válida oficialmente. Del trabajo se extrae, por ejemplo, que la principal fuente de desahogo sexual de la mujer española es la masturbación en solitario. Y esta misma gratificación sexual ocupa el segundo lugar en el total de orgasmos que obtiene, contra todo dogma social, la mujer casada. Estas respuestas son parte de una larga conversación mantenida en su residencia en Valencia.

TRAS "La sexualidad femenina", ¿cuál es el objetivo del "Informe sexual de la mujer española"?

—Trato de conseguir que las personas se liberen, lo más posible, de los infinitos tabúes, temores y normas dañinas en que se les ha introducido, precisamente, para que pierdan la verdadera libertad. Es por ignorancia por lo que muchos hombres y mujeres se sienten "impuros" ante su propia conducta sexual. Entonces, las historias que cuento en el "Informe", sin ser exhaustivas, pienso que pueden ayudar a las mujeres, por identificación, a un conocimiento más sincero de ellas mismas, a no asustarse de su sexualidad y a liberarse de todo engaño por ignorancia.

—¿A través del Informe también se descubre el funcionamiento de la doble pauta moral, que tanto ha perjudicado a las mujeres?

—Por supuesto. Mi punto de vista es el siguiente: una mujer tiene una actividad sexual, porque ella lo considera normal, pero en el fondo aún le queda un vestigio de que aquello que hace no debiera hacerlo. Entonces, si hace esa vida sexual saltando por encima de sus propias convicciones morales, eso le hace perder dignidad ante sí misma y ante otras cosas de la vida. En cambio, si está convencida de que es su derecho legítimo, y que el placer sexual no sólo se utiliza en la reproducción, sino que se ha de utilizar en sí mismo, ello es un desahogo, da una mayor tranquilidad.

—¿Se podría aplicar esto a las mujeres de las últimas generaciones?

—Claro, y ahí está lo malo. El noventa por ciento la tiene y la mayor parte de las mujeres que aparecen liberadas no lo están. El punto clave está en que la mujer acepte su sexualidad, sin ningún

juicio moral del hecho en sí. Y si el acto sexual es algo acordado libremente, sea hetero u homosexual, es igual; entonces la mujer no tendrá sentimiento de culpabilidad. Cuando a una mujer el acto sexual le despierte sentimiento de culpabilidad y de temor, las cosas no pueden funcionar bien. Y la culpa no es tanto de ella como del entorno social.

—De la sociedad, es decir, de los hombres...

—En la sociedad actual es el hombre el que ha ordenado y mandado. El hombre considera a la mujer como objeto; entonces sucede que es la mujer quien debe acoplarse a él y no al revés. No es frecuente que la mujer tenga libertad absoluta para mostrar sus sentimientos; generalmente los oculta, porque el hombre, si la mujer se muestra demasiado apasionada, puede perder valor ante sus ojos. Si el hombre ve que la mujer tiene más capacidad que él, en su orgullo machista no reconoce que la mujer es más que él en este aspecto; entonces la tacha de ninfomaníaca, viciosa, etcétera. Y entonces, claro está, su machismo queda a salvo.

—¿Actualmente?

—Sucede lo mismo. Puede ser que sea en menor proporción que antes, puede ser que haya una disminución debido a una mayor cultura. Pero, normalmente, el hombre, incluso si va al psiquiatra y le dice que necesita treinta orgasmos diarios, la tacha de ninfomaníaca y la pone en tratamiento. No quiere reconocer que él es menos fuerte, sino que resulta que la mujer es demasiado. La potencialidad de la mujer —habrá casos particulares—, en general, es muy superior a la del hombre. Yo tengo dicho que posiblemente los dolores del parto se han compensado con una mayor capacidad.



Serrano Vicens: "Todo hecho amoroso es legítimo".

—¿Cuándo cree usted que hay excesos amorosos?

—Para mí, nunca. No puede haberlos. Todo hecho amoroso es legítimo, siempre y cuando, como he dicho antes, sea de común acuerdo en la pareja, sea hetero u homosexual. Yo siempre he dicho que los que no somos homosexuales deberíamos salir los primeros en defensa de la persecución que se les hace legal y socialmente.

—Se persigue a los homosexuales, pero esta sociedad es profundamente homosexual, con una radical separación entre roles.

—Sí, claro; la separación educativa fomenta la homosexualidad, esto es algo de lo que no cabe la menor duda. Hay una contradicción y una razón de más para que luego esa misma sociedad no los considere como unos peligrosos sociales. El hecho de que una persona sea homosexual no es incompatible con otras características de la persona. La homosexualidad es una opción personal y una persona debe tener completa libertad para recibir la sexualidad que estime oportuna para él. Ahora bien, considerar un homosexual como peligroso social, a mí me parece absurdo y criminal. Porque además se les obliga a salirse de la ley, se les margina y humilla; entonces, claro, tienen que reaccionar violentamente. Se dice que entre los homosexuales se da mayor cantidad de hechos delictivos. ¡Naturalmente!, tiene que ser así, pero no porque el homosexual lo lleve en sí, sino porque se les obliga.

—Siempre se ha dicho que la mujer tiene más tendencia a la homosexualidad, ¿es cierto?

—El que en la mujer haya más tendencia homosexual que en el hombre creo que es una cosa natural, porque como la capacidad sexual de la mujer es mayor que la del hombre, aun con toda libertad, en la mayor parte de los casos, la mujer no puede colmar esa necesidad fisiológica en el hombre; entonces es natural que ella lo suplemente en solitario o con otra mujer. Es evidente que es más frecuente la homosexualidad en la mujer que en el hombre, pero, sin embargo, son muy escasas las mujeres que son exclusivamente homosexuales. La exclusividad es más frecuente en el hombre. Ahora bien, pongamos por caso que el ochenta por ciento de los hombres fueran exclusivamente homosexuales; con el veinte por ciento restante habría suficiente para fecundar a todas las mujeres; ahora, si el cincuenta por ciento de las mujeres fueran absolutamente homosexuales, la natalidad disminuiría exactamente en el cincuenta por ciento. Entonces, es natural que la homosexualidad en la mujer no sea tan exclusivista como en el hombre.

—Los médicos y los claustros, y me refiero a la sexualidad en general, han jugado un dudoso papel.

—Los médicos, hasta hace muy poco, se educaban bajo el enfoque y el punto de vista de la moral católica, que siempre consideró dogmáticamente que todo acto sexual que no era, siquiera parcialmente, potencialmente encaminado a la reproducción, era ya anómalo. Todos los actos que no fueran coito

reproductivo se consideraban vicio, anomalía, contranatura, etcétera. Todos esos señores se habían educado en ese ambiente y, claro, luego lo reflejaban, y casi podíamos decir que veían visiones. Yo estudié con Recaséns en Madrid y todos veían, por ejemplo, que la masturbación de la mujer era un vicio nefando, que causaba desarreglos menstruales. Pero, claro, el entorno social no les ha permitido otra cosa. Y es algo hasta criminal, ya que llevan el dolor y la desesperación a muchas personas.

—Los ginecólogos también son muy reaccionarios.

—Sí, eso lo tengo muy comprobado. Son reaccionarios porque, cuando estudiaron, ya fueron mal encauzados. Porque hay una cosa evidente y clara, y es que si una cosa es dañina en sí, lo es en toda circunstancia. Y los ginecólogos, como quieren ajustar lo que ellos ven a una idea preconcebida, pues claro, ya lo hacen para que todo esté de acuerdo con lo que ellos piensan, en vez de hacer al revés: pensar ellos conforme a la realidad.

—¿Cuáles son los errores frecuentes en los médicos?

—Un trastorno frecuente en la mujer, al que los ginecólogos dedican mucha atención, es a la llamada tensión premenstrual, que consiste en un dolor en el bajo vientre, tensión en los genitales, etcétera, y los ginecólogos tratan de corregir eso con tratamientos hormonales. Pero yo he observado que la gran mayoría de estos trastornos pre o menstruales se dan, generalmente, en mujeres frustradas, insatisfechas o excesivamente reprimidas. Cuando han hecho una vida sexual libre de prejuicios y normal, han desaparecido totalmente esos trastornos. Muchísimos ginecólogos, cuando las mujeres tenían trastornos menstruales, les aconsejaban el matrimonio. El error era mayúsculo, porque si la mujer tenía la suerte de poder realizar una vida sexual normal, con coitos satisfactorios, naturalmente mejoraba, pero si no sucedía así, las consecuencias eran desastrosas. Ahora, ellos no ven bien que una mujer se masturbe cuando le apetezca y tenga necesidad sin ningún complejo, convencida de que es un derecho que tiene. Respecto a la masturbación, es muy curioso que se la considere una "perversión", cuando la estadística real nos enseña que un sesenta y uno por ciento de las mujeres descubre y aprende espontáneamente este desahogo sexual, es decir, sin ser "pervertidas" por otras personas. Y de ellas, un sesenta y dos por ciento antes de la pubertad. Volviendo a los ginecólogos, es muy frecuente que den consejos equivocados, hasta Freud metió la pata. Freud decía, por ejemplo, que la mujer tenía envidia del pene, y esto es totalmente falso. Lo que sí es cierto, y Freud no lo menciona, porque, al fin y al cabo, era judío (aunque no practicante), es que el hombre ha tenido siempre envidia de la mayor capacidad orgásmica de la mujer. Otro error de Freud fue suponer que la masturbación conduce a la neurastenia. Pero de lo que no se daba cuenta era de

que él era médico de personas de la alta sociedad, gente educada desde pequeña en la idea de que la masturbación era un vicio nefando, un pecado gravísimo, etcétera. Esto, que les creaba un complejo, evidentemente, les creaba neurastenia, pero no porque la masturbación en sí fuese perjudicial. También se sacó de la manga lo del orgasmo vaginal y decía que, en la mujer adulta, el único orgasmo normal era el orgasmo vaginal. La doctora Hite le contesta muy bien en su informe.

—Una de las discusiones frecuentes entre mujeres ha sido precisamente la cuestión del orgasmo, que si vaginal, que si clitorico. ¿Usted qué piensa?

—Hay una razón anatomofisiológica, y es que en el hombre el pene tiene como función ser un órgano de penetración y de conducción, y, además, tiene la sensibilidad voluptuosa. En la mujer, el clitoris no tiene otra misión que la voluptuosa, y eso ya quiere decir algo. Puede haber orgasmo vaginal junto al del clitoris, pero a la inversa, nunca. El orgasmo vaginal es un complemento, como pueden ser las caricias; para mí, el, digamos, puro orgasmo vaginal no existe. Luego hay otra cosa interesante, y es que el nervio sensitivo del clitoris en la mujer, proporcionalmente al volumen del orgasmo, es tres veces superior al del hombre; es decir, es mucho más sensible el clitoris en la mujer que el pene en el hombre. En cambio, la vagina tiene muy poca sensibilidad. Yo, y cualquier ginecólogo, hemos visto que, si coges la vagina de una mujer y la pellizcas, ni se entera. Entonces, la vagina tendrá sensibilidad cenestésica, de satisfacción amorosa de penetración, pero, como puro productor de sensaciones placenteras, es el clitoris quien se lleva la supremacía. Es para lo que está hecho, para eso y para nada más.

—¿En qué ha variado la sexualidad de la mujer desde que usted empezó a investigar hasta que lo dejó hace unos años?

—Hay cosas que son invariables; por ejemplo, la capacidad de la mujer o el número de orgasmos. Yo lo que he notado en estos años es, como he dicho antes, que hay una apertura de mayor libertad sexual. Esta mayor libertad es efectuada por las generaciones más jóvenes, efectuada pero no totalmente admitida como legítima. Entonces, ahora, si hablas con una mujer, tiene más libertad para tratar temas sexuales que la mujer de hace unos cuantos años, pero resulta que habla de temas en general o de las demás, de sí misma no. Lo que aparentemente, repito, parece superado, no está asumido. También hay una mayor libertad para el coito cuando la mujer conoce la píldora; ahora, la trascendencia no es tan grande como se piensa, porque los anticonceptivos están localizados en un cierto grupo social, y como ese grupo social es muy visible, a veces nos creemos que todo el monte es orégano. El aumento de la actividad en coito en la población general es muy pequeño, aunque a la vista nos parezca otra cosa. ■ Fotos: EL CAMERAMAN.

